

mayores tan fuerte, que se oye á distancia de más de dos millas. Este era todo el instrumental con que acompañaban sus himnos. Su canto era duro y fastidioso á oídos europeos; mas á ellos daba tanto placer, que solian estarse cantando en sus fiestas un día entero. Este fué el arte en que ménos sobresalieron los Mexicanos.

BAILE.

Mas aunque su música era imperfecta, tenían hermosísimos bailes, en que se ejercitaban desde niños, bajo la dirección de los sacerdotes. Eran de varias especies y tenían otros tantos nombres que significaban, ó la calidad del baile, ó las circunstancias de la fiesta en que se hacían. Bailaban unas veces en círculo y otras en fila; en ciertas ocasiones, hombres solos, y en otras, hombres y mujeres. Los nobles se vestían para el baile con sus trages de gala; poníanse brazaletes, pendientes y otros adornos de oro, joyas y plumas: llevaban en una mano un escudo, cubierto también de bellas plumas, y en otra el *ayacaxtli*, que era una cierta vasija, de que despues hablaré, semejante á una calabacilla, redonda ú ovalada, con muchos agujeros y llena de piedrecillas que sacudían, y con cuyo sonido, que no era desagradable, acompañaban el de los instrumentos. Los plebeyos se disfrazaban, á guisa de animales, con vestidos de papel, de plumas ó de pieles.

El baile pequeño, que se hacía en los palacios para diversion de los señores ó en los templos por devoción particular, ó en las casas cuando había boda ó alguna función doméstica, se componía de pocos bailarines, que formando dos líneas derechas y paralelas, bailaban, ó con el rostro vuelto hácia una de las extremidades de su línea, ó mirando cada uno al que tenía en frente, ó cruzándose los de una línea con los de la otra, ó separándose uno de cada línea, y bailando en el espacio intermedio, manteniéndose entre tanto quietos los otros.

El baile grande, que se hacía en las plazas principales ó en el atrio inferior del templo mayor, era diferente del pequeño en el orden, en la forma y en el número de los que lo componían. Este era tan considerable, que solian bailar juntos muchos centenares de personas. La música ocupaba el centro del atrio ó de la plaza: junto á ella bailaban los señores, formando dos ó tres círculos concéntricos, segun el número de ellos que concurría. A poca distancia de ellos se formaban otros círculos de personas de clase inferior, y despues de otro pequeño intervalo, otros mayores compuestos de jóvenes. Todos estos círculos tenían por centro el huehuatl y el teponaztli. En el dibujo que damos del orden y de la disposición de este baile, se representa una especie de rueda, en la cual los puntos denotan los bailarines, y los círculos las figuras que hacían bailando. Los rayos de la rueda son tantos cuantos son los que bailan en el círculo menor, próximo á la música. Todos describian un círculo bailando, y ninguno salía de su rayo ó línea. Los que bailaban junto á la música se movían con lentitud y gravedad, por ser menor el giro que debían hacer, y por esto era aquel el sitio de los señores y de los nobles más provecos en edad; pero los que formaban el círculo exterior, ó más léjos de la música, se movían velocísimamente, para no perder la línea recta, ni faltar al compas que hacían y dirigían los señores.

El baile se hacía casi siempre con acompañamiento de canto; pero tanto éste, cuanto los movimientos de los que bailaban, se sujetaban al compas de los

instrumentos. En el canto entonaban dos un verso, y les respondían todos. Comunmente empezaba la música en tono grave, y los cantores en voz baja. Progresivamente apresuraban el compas y levantaban la voz, y al mismo tiempo era más vivo el movimiento de los bailarines, y más alegre el argumento de la canción. En el intervalo que dejaban las líneas de bailarines, solían bailar algunos bufones, imitando á otros pueblos en el trage, ó con disfraces de fieras y otros animales, y procurando hacer reír al pueblo con sus bufonadas. Cuando una comparsa ó cuadrilla de bailarines se cansaba, la reemplazaba otra, y así continuaba el baile seis y ocho horas.

Tales eran las formas de la danza ordinaria; pero había otras muy diferentes, en que ó representaban algun misterio de su religion, ó algun suceso de su historia, ó alguna escena alusiva á la guerra, á la caza ó á la agricultura.

No solo bailaban los señores, los sacerdotes y las muchachas de los seminarios, sino también el rey en el templo, por ceremonia de su religion, ó para recreo en su palacio, teniendo en ambas circunstancias un puesto señalado, por respeto á su carácter.

Había, entre otros, un baile muy curioso, que aún usan los Yucatecos. Plantaban en el suelo un árbol de quince á veinte piés de alto, de cuya punta suspendían veinte ó más cordones (segun el número de bailarines) largos, y de colores diversos. Cada cual tomaba la extremidad inferior de un cordón, y empezaban á bailar al són de los instrumentos, cruzándose con mucha destreza, hasta formar en torno del árbol un tejido con los cordones, observando en la distribución de sus colores, cierto dibujo y simetría. Cuando á fuerza de vueltas se habían acertado tanto los cordones que apenas podían sujetarlos, aun alzando mucho los brazos, deshacían lo hecho con otras figuras y pasos. También usan los indios de México un baile antiguo, llamado vulgarmente *tocotín*, tan bello, honesto y grave, que se practica en las fiestas de los templos cristianos.

JUEGOS.

El teatro y el baile no eran las únicas diversiones de los Mexicanos. Tenían también juegos públicos para ciertas solemnidades, y privados para recreo doméstico. A la primera clase pertenecía la carrera, en que empezaban á adiestrarse desde niños. En el segundo mes, y quizás en otros del año, había juegos militares, en que las tropas representaban al pueblo una batalla campal: recreos ciertamente útiles al Estado; pues además del inocente placer que daban á los espectadores, ofrecían á los defensores de la patria los medios más oportunos de agilitarse y acostumbrarse á los peligros que los aguardaban.

Ménos útil, pero mucho más célebre que los otros, era el juego de los voladores, que se hacía en algunas grandes fiestas y particularmente en las seculares. Buscaban en los bosques un árbol altísimo, fuerte y derecho, y despues de haberle quitado las ramas y la corteza, lo llevaban á la ciudad, y lo fijaban en medio de una gran plaza. En la extremidad superior metían un gran cilindro de madera, que los españoles llamaron *mortero*, por su semejanza con este utensilio. De esta pieza pendían cuatro cuerdas fuertes, que servían para sostener un bastidor cuadrado, también de madera. En el intervalo entre el cilindro y el bastidor, ataban otras cuatro cuerdas, y les daban tantas vueltas al rededor del árbol, cuantas debían dar los voladores. Estas cuerdas se enfilaban por cuatro agujeros hechos en el medio de los cuatro pedazos de que constaba el bastidor. Los cuatro principales voladores, vestidos de águilas ó

de otra clase de pájaros, subían con extraordinaria agilidad al árbol, por una cuerda que lo rodeaba hasta el bastidor. De éste subían uno á uno sobre el cilindro, y despues de haber bailado un poco, divirtiendo á la muchedumbre de espectadores, se ataban con la extremidad de las cuerdas enfiladas en el bastidor, y arrojándose con ímpetu, empezaban su vuelo con las alas extendidas. El impulso de sus cuerpos ponía en movimiento al bastidor y al cilindro: el primero con sus giros desenvolvía las cuerdas de que pendían los voladores; así que, miéntras más se alargaban, mayores eran los círculos que ellos describían. Miéntras estos cuatro giraban, otro bailaba sobre el cilindro, tocando un tamboril, ó tremolando una bandera, sin que lo amedrentase el peligro en que estaba de precipitarse desde tan gran altura. Los otros que estaban en el bastidor, pues solían subir diez ó doce, cuando veían que los voladores daban la última vuelta, se lanzaban agarrados á las cuerdas, para llegar al mismo tiempo que ellos al suelo, entre los aplausos de la muchedumbre. Los que bajaban por las cuerdas, solían, para dar mayor muestra de habilidad, pasar de una á otra, en aquella parte en que por estar más próximas podían hacerlo con seguridad.

Lo esencial de este juego consistía en proporcionar de tal modo la elevación del árbol y la longitud de las cuerdas, que con trece vueltas exactas llegasen á tierra los cuatro voladores, para representar con aquel número el siglo de cincuenta y dos años, compuesto, segun he dicho, de cuatro períodos de trece años cada uno. Todavía se usa esta diversion en aquellos países, pero sin atención al número de vueltas, y sin arreglarse en otras circunstancias á la forma antigua, pues el bastidor suele tener seis ú ocho ángulos, segun el número de los voladores. En algunos pueblos ponen ciertos resguardos en el bastidor, para evitar las desgracias que han ocurrido con frecuencia despues de la conquista; porque siendo tan comun en los indios la embriaguez, subían privados de razon al árbol y perdían fácilmente el equilibrio en aquella altura, que, por lo comun, es de sesenta piés.

Entre los juegos peculiares de los Mexicanos, el más comun y el que más los divertía, era el del balón. El sitio en que se jugaba, que se llamaba *tlachco*, era, segun la descripción de Torquemada, un espacio llano y cuadrilongo, de cerca de diez y ocho toesas de largo, y una anchura proporcionada, encerrado entre cuatro muros, más gruesos en la parte inferior que en la superior, y más bajos los laterales que los dos de los frentes. Estos muros estaban blanqueados, y eran muy lisos. Su coronación se componía de merlones, y sobre los dos bajos había dos ídolos, que se colocaban á media noche, en la que precedía á la inauguración del juego, con muchas ceremonias supersticiosas, miéntras los sacerdotes bendecían el edificio con otras del mismo género.

Así lo describe Torquemada; pero en algunas pinturas mexicanas que he visto, se representa la planta del juego del modo que se ve en la estampa adjunta, que es muy diferente de la que indica aquel autor. Quizás habría diversas formas de edificios para jugarlos. Los ídolos colocados sobre los muros eran los de los dioses protectores del juego, cuyos nombres ignoro; pero sospecho que uno de ellos sería Omacatl, dios de la alegría. El balón era de hule ó resina elástica, de tres ó cuatro pulgadas de diámetro, y aunque pesado, botaba más que el de aire, que se usa en Europa. Jugaban partidas de dos contra dos, y tres contra tres. Los jugadores estaban desnudos, y solo llevaban la cintura ó maxtlatl que la decencia requería. Era condición esencial del juego no tocar el balón sino con la rodilla, con la coyuntura de la muñeca, ó

con el codo; y el que lo tocaba con la mano, con el pié ó con otra parte del cuerpo, perdía un punto. El jugador que lanzaba el balón al muro opuesto, ó lo hacía botar en él, ganaba otro punto. Los pobres jugaban mazorcas de maíz, y aun á veces la libertad; otros jugaban cierto número de trages de algodón, y los ricos alhajas de oro, joyas y plumas preciosas. En el espacio que mediaba entre los jugadores había dos grandes piedras, como las de nuestros molinos, cada una con un agujero en medio, algo mayor que el balón. El que hacía pasar el balón por el agujero, lo que raras veces sucedía, no solamente ganaba la partida, sino que por ley del juego se apoderaba de los vestidos de todos los presentes, y aquel golpe se celebraba como proeza inmortal.

Este juego era muy apreciado por los Mexicanos y por todos los pueblos de aquel país, y tan comun, cuanto se puede inferir del número extraordinario de balones que pagaban anualmente, como tributo á la corona de México, Tochtepec, Otatitlan y otros pueblos, que solían enviar hasta diez y seis mil. Los reyes jugaban con frecuencia y se desafiaban unos á otros, como hicieron Moteuczoma II y Nezahualpilli. Hoy no está en práctica en las naciones del imperio mexicano; pero lo han conservado los Nayaritas, los Apatas, los Tauramaros y otros pueblos del Norte. Cuantos españoles han visto este juego en aquellas regiones, se han maravillado de la prodigiosa agilidad con que lo ejecutaban.

Deleitábanse los Mexicanos en otro, que nuestros escritores han llamado *patolli*, aunque es voz genérica que significa toda clase de juego. Describían sobre una estera fina de palma, un cuadro, dentro del cual trazaban dos líneas diagonales y dos trasversales. Echaban, en vez de dados, unas judías grandes, señaladas con puntos. Segun el punto que resultaba, quitaban ó ponían unas piedrecillas en los ángulos de las líneas, y el primero que tenía tres de ellas en fila, ganaba el juego.

Bernal Díaz habla de otro juego en que solía divertirse el rey Moteuczoma, durante su prision con el conquistador Cortés, y que, segun él dice, se llamaba totoloque. Tiraba desde lejos aquel rey ciertas pelotillas de oro muy lisas, á unos pedazos del mismo metal que se ponían por blanco, y el primero que hacía cinco puntos, ganaba algunas joyas, que era lo que se atravesaba.

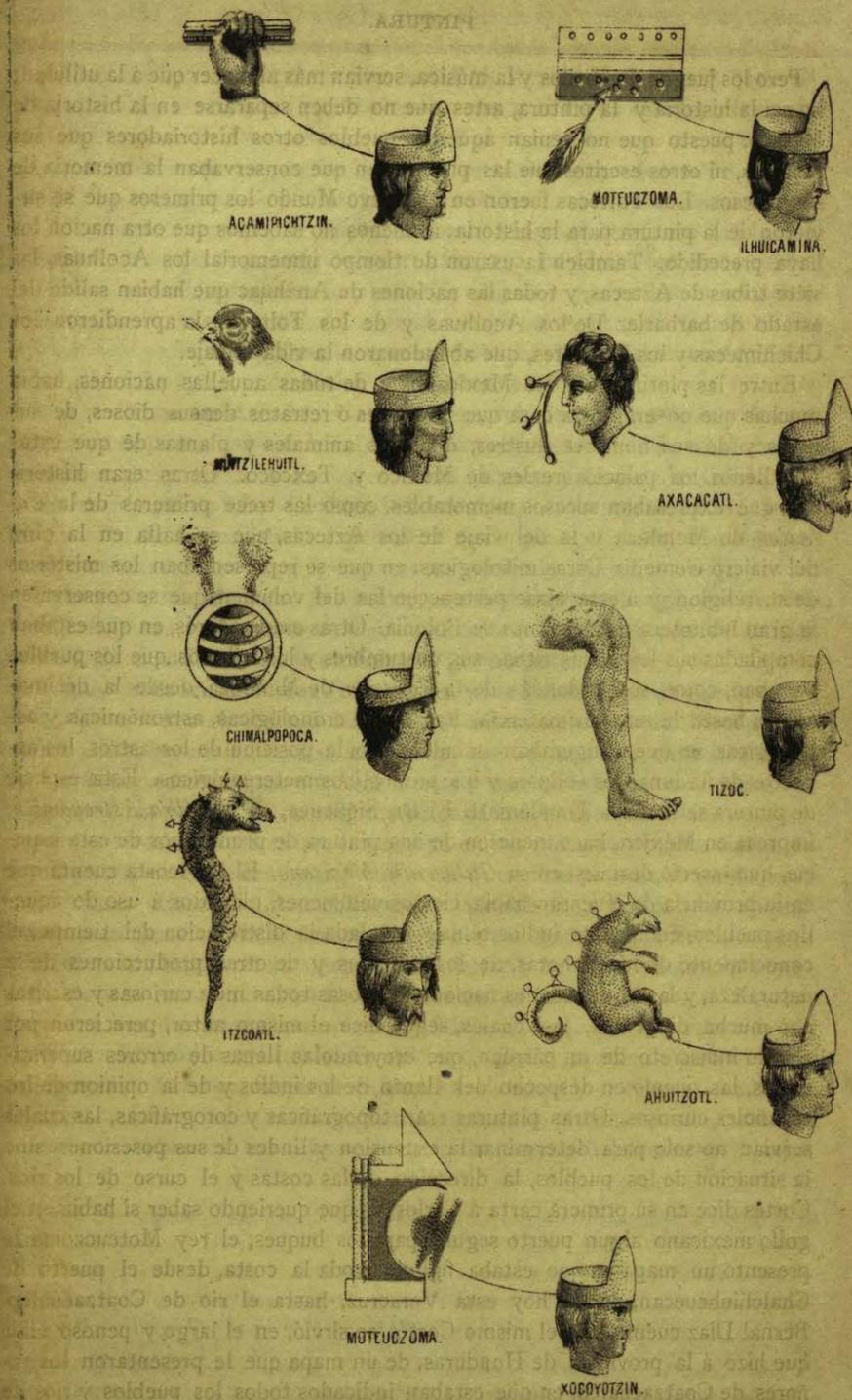
Había entre los Mexicanos hombres diestrísimos en juegos de manos y piés. Echábase uno de espaldas en tierra, y alzando los piés, sostenía en ellos una gruesa viga redonda, y de ocho piés de largo. Arrojàbala á cierta altura, y volvía á recibirla y sostenerla en los piés: despues la tomaba entre los dos, y la hacía girar violentísimamente, y lo más extraño es, que solían ponerse dos hombres á horcajadas en las dos extremidades, como yo lo he visto hacer muchas veces. Hicieron este ejercicio en Roma dos Mexicanos enviados por Cortés, á presencia del Papa Clemente VII y de muchos príncipes romanos, con singular satisfacción de aquellos ilustres espectadores. Era tambien muy comun entre ellos otro juego llamado en algunos países *las fuerzas de Hércules*. Poníase un hombre á bailar; otro en pié sobre sus hombros, lo acompañaba con algunos movimientos, y otro en pié sobre la cabeza del segundo, bailaba y daba otras pruebas de agilidad. Otro ejercicio practicaban alzando una viga sobre los hombros de dos bailarines, y otro se ponía en pié y bailaba sobre su extremidad. Los primeros españoles que vieron estos y otros juegos de los Mexicanos, se maravillaron tanto de su agilidad, que sospecharon la intervención del demonio, sin hacerse cargo de lo que puede el ingenio humano, ayudado por la constancia y la aplicación.

PINTURA.

Pero los juegos, los bailes y la música, servian más al placer que á la utilidad; no así la historia y la pintura, artes que no deben separarse en la historia de México, puesto que no tenían aquellos pueblos otros historiadores que sus pintores, ni otros escritos que las pinturas en que conservaban la memoria de sus sucesos. Los Toltecas fueron en el Nuevo Mundo los primeros que se sirvieron de la pintura para la historia: al ménos no sabemos que otra nacion los haya precedido. También la usaron de tiempo inmemorial los Acolhuas, las siete tribus de Aztecas, y todas las naciones de Anáhuac que habian salido del estado de barbarie. De los Acolhuas y de los Toltecas la aprendieron los Chichimecas y los Otomites, que abandonaron la vida salvaje.

Entre las pinturas de los Mexicanos y de todas aquellas naciones, habia muchas que no eran otra cosa que imágenes ó retratos de sus dioses, de sus reyes y de sus hombres ilustres, ó de los animales y plantas de que estaban llenos los palacios reales de México y Texcoco. Otras eran históricas, que expresaban sucesos memorables, como las trece primeras de la *Coleccion* de Mendoza y la del viaje de los Aztecas, que se halla en la obra del viajero Gemelli. Otras mitológicas, en que se representaban los misterios de su religion, y á esta clase pertenecen las del volumen que se conserva en la gran biblioteca del Instituto de Bolonia. Otras eran códigos, en que estaban compiladas sus leyes, sus ritos, sus costumbres y los tributos que los pueblos pagaban, como son todas las de la *Coleccion* de Mendoza, desde la décimacuarta hasta la sexagésimatercia. Las habia cronológicas, astronómicas y astrológicas, en que se figuraban su calendario, la posición de los astros, los aspectos de la luna, los eclipses y los pronósticos metereológicos. Esta especie de pintura se llamaba Tonalamatl. El Dr. Sigüenza, en su *Libra Astronómica*, impresa en México, hace mencion de una pintura de pronósticos de esta especie, que insertó despues en su *Ciclografia Mexicana*. El P. Acosta cuenta que en la provincia de Yucatan habia ciertos volúmenes, plegados á uso de aquellos pueblos, en que los indios tenían señalada la distribucion del tiempo, el conocimiento de los planetas, de los animales y de otras producciones de la naturaleza, y las antigüedades nacionales, cosas todas muy curiosas y escritas con mucha diligencia, las cuales, segun dice el mismo autor, perecieron por el celo indiscreto de un párroco, que creyéndolas llenas de errores supersticiosos, las quemó en despecho del llanto de los indios y de la opinion de los españoles curiosos. Otras pinturas eran topográficas y corográficas, las cuales servian no solo para determinar la extension y lindes de sus posesiones, sino la situacion de los pueblos, la direccion de las costas y el curso de los rios. Cortés dice en su primera carta á Carlos V, que queriendo saber si habia en el golfo mexicano algun puerto seguro para los buques, el rey Moteuczoma le presentó un mapa en que estaba figurada toda la costa, desde el puerto de Chalchiuhcuecan, donde hoy está Veracruz, hasta el rio de Coatzacualco. Bernal Diaz cuenta que el mismo Cortés se sirvió, en el largo y penoso viaje que hizo á la provincia de Honduras, de un mapa que le presentaron los señores de Coatzacualco, en que estaban indicados todos los pueblos y rios de lo costa, desde aquella ciudad hasta Hueyacallan.

De todas estas clases de pinturas estaba lleno el imperio mexicano, pues eran innumerables los pintores y no habia objeto alguno que no representasen.



NOMBRES DE LOS REYES MEXICANOS.

Si se hubieran conservado, nada se ignoraría de la historia de México; mas los primeros predicadores del Evangelio, sospechando que hubiese en ellas figuras supersticiosas, las persiguieron con furor. De todas las que pudieron haber á las manos en Texcoco, donde estaba la principal escuela de pintura, hicieron en la plaza del mercado tan crecido rimerero que parecía un monte, y le pegaron fuego, quedando sepultada entre aquellas cenizas la memoria de muchos importantes sucesos. La pérdida de tantos preciosos monumentos de su antigüedad, fué amargamente deplorada por los indios, y aun los mismos autores del incendio se arrepintieron, cuando echaron de ver el desacierto que habian cometido; pero procuraron remediar el daño, ora informándose verbalmente de los mismos habitantes, ora buscando las pinturas que se habian escapado de las primeras investigaciones; y aunque recogieron muchas, no fueron tantas cuantas se necesitaban, porque los que las poseian, las ocultaban con empeño, de los españoles, y no se deshacian de ellas tan fácilmente.

Pintaban comunmente sobre papel ó pieles adobadas, ó telas de hilo de maguey, ó de la palma llamada Icxotl. ¹ Hacian el papel con hojas de cierta especie de maguey, macerándola ántes como cáñamo, y despues lavándola, extendiéndola y puliéndola. Tambien lo fabricaban con la palma icxotl; con la corteza sutil de ciertos árboles, preparada con goma; con seda, con algodón y con otras materias, aunque ignoramos las manipulaciones que empleaban en este género de manufactura. He tenido en mis manos muchos pliegos de este papel mexicano. Es bastante semejante al carton de Europa, aunque mucho más blando y liso, y se puede escribir en él cómodamente.

Los pliegos de su papel eran grandísimos, y los conservaban en rollos, como los antiguos MS. europeos, ó doblados en la misma forma que los biombos comunes. El volúmen de pinturas mexicanas que se conserva en la Biblioteca del Instituto de Bolonia, es una piel gruesa y mal curtida, hecha de muchas piezas, pintada en toda su extension y plegada como acabo de decir.

Los hermosísimos colores que empleaban en sus pinturas y en sus tintes, se formaban con madera, con hojas y con flores de muchas plantas, y con diversas producciones minerales. Para el blanco se servían de la piedra *chimaltizatl*, que despues de calcinada se parece mucho al yeso fino; ó de la tierra mineral *tizatlalli*, que despues de amasada como el barro y reducida á bolas, es semejantísima á la sustancia llamada comunmente en Europa, *blanco de España*. Hacian el negro de otra tierra mineral y fétida, á la que por esta razon daban el nombre de *tlalihixac*, ó del hollin del *ocotl*, cierta especie de pino oloroso, recogiendo su humo en vasijas de tierra; el azul turquí y el celeste, con la flor del *matlalxihuitl* y del *xihquilitzahuac*, que es la planta del añil, ² aunque el modo de prepararla entónces se diferenciaba mucho del moderno. Ponían

¹ La tosca tela sobre que está pintada la famosa imágen de la Virgen de Guadalupe, es de palma de Icxotl.

² La descripcion de la planta del añil se halla en muchos autores y especialmente en la obra del Doctor Hernandez, la cual es enteramente diversa de la que da Raynal en su *Historia filosófica y política*. Este asegura que aquella planta fué trasportada de la India Oriental al Nuevo Mundo, y que habiéndose experimentado en muchos países, se estableció su cultura en la Carolina, en Santo Domingo y en México. Mas en esto se engañó aquel filósofo, como en otras muchas cosas. Consta por el testimonio de D. Fernando Colon, en el capítulo LXI de la vida de su famoso padre Cristóbal Colon, que una de las plantas propias de la Isla Española era el añil. Sabemos tambien por los historiadores de México, y particularmente por el Dr. Hernandez, que los antiguos Mexicanos sabian hacer uso de aquel precioso vegetal. De todos los escritores sobre cosas de América, que he habido á las manos, no he hallado uno solo que pueda servir de apoyo á la opinion de Raynal.